

INMACULADA 2018

El dogma de la Inmaculada es un regalo. Y así se vive en el Pueblo cristiano, porque despierta en muchas personas un sentimiento de alegría. ¿Qué vemos en esta fiesta? ¿Qué intuimos? Sin duda, un sentimiento de victoria definitiva sobre el mal; pero también un consuelo presente, ya que, en Ella, en la Madre del Señor, está realizado lo que nosotros realizaremos. Por eso, reitero, el Pueblo cristiano ha sentido siempre esta fiesta de la Inmaculada Concepción de María como algo muy cercano y muy profundo.

Yo creo que, además, intuimos la respuesta a muchos interrogantes profundos en nuestra vida, así como el consuelo de muchos fracasos y el fundamento de muchas esperanzas. Y la razón está en que la figura resplandeciente de Santa María la Virgen, libre de todo pecado, es para nosotros un hermoso ideal de vida, un motivo firme para luchar contra el poder del mal, ante todo, dentro de nosotros. Pero también es estímulo en nuestras acciones y actuaciones en las instituciones y el tejido real de la vida social.

Acontece en nuestra sociedad algo sorprendente: en medio de la mediocridad de nuestras costumbres y el poco nivel moral de nuestras acciones, somos atraídos por lo puro, lo bueno, lo correcto y lo ejemplarizante. A mí no me extraña, pues, que la gente joven y despierta, que quiere de verdad encontrar su camino y llegar a ser una persona estimable y valiosa, quiera mirarse en el modelo de la Virgen María y acudir a ella con amor y confianza. Por supuesto, que en nuestro mundo existe también lo sucio, lo feo, lo chabacano, lo soez y de mal gusto que irrita, en el fondo, al ser humano.

La Virgen Inmaculada es, así, el gran signo que Dios ha querido poner delante de nosotros para que sea el estandarte que abra el camino de nuestra marcha. Ella es inocencia, bondad, fortaleza, generosidad y armonía; Ella es el principio de la humanidad renovada y rehecha por Cristo, como nos dicen las lecturas de esta fiesta. Su vida fue como un agua clara que baja de la montaña de la Trinidad sin ninguna contaminación de pecado. Por obra de Dios misericordioso, la Virgen María es el inicio de la nueva creación en la que Dios quiere que todos ingresemos por la puerta de la fe y del Bautismo, de la vida cristiana y del crecimiento espiritual. Ella es en miniatura la humanidad recreada tal como Dios quiere que todos seamos a partir de la redención de Jesucristo, en justicia y santidad.

Pero tenemos que darnos cuenta de que esta maravilla de la nueva humanidad no aparece en la Virgen María mecánicamente, ni entre algodones y blanduras. La Virgen María es tierna, pero no blanda. Por dentro es toda decisión y fortaleza. Es verdad que tuvo desde el principio la gracia de Dios, pero sin duda que en aquel mundo suyo le costaría un martirio despegarse de las creencias y comportamientos más comunes de su época para seguir las inspiraciones que el Señor le iba descubriendo y pidiendo desde el fondo de su alma.

La Inmaculada, en tantas imágenes y pinturas la vemos representada con el dragón o la serpiente bajo sus pies, para decirnos que diablo y el pecado han sido vencidos por su inocencia. ¿Cuál es el dragón de la hora presente? ¿Dónde

está el poder del mal y del demonio en nuestro mundo? Seguro que lo podemos ver en mil situaciones, ideas y comportamientos. Pero, en resumidas cuentas, siempre será desconfianza contra Dios, seducción por las cosas de este mundo y, en definitiva, adoración de nosotros mismos.

Cosas como éstas nos impiden ser buenos cristianos y se adentran en la entraña de nuestras familias y de nuestra sociedad. Os invito, pues, hermanos, que con la ayuda de la Virgen María nos propongamos ser un poco mejores y, así, poner los fundamentos de una manera nueva de vivir que fuera un modelo nuevo de vida personal, familiar y social para los hombres y mujeres de buena voluntad, cansados tal vez de vidas vacías y sin sentido.

No es fácil la propuesta, pues para ello tenemos que seguir los pasos de la Virgen Inmaculada: llenarnos de la gracia de Dios, sentirle a Él cerca de nosotros, escuchar su Palabra, guardarla en nuestro corazón, obedecer su llamada, hacer siempre lo que Cristo nos diga en la intimidad de nuestra conciencia. Lógicamente el Espíritu Santo ha de venir sobre nosotros y darnos la fortaleza que nos falta en nuestro corazón para vivir de acuerdo con Jesucristo, anunciando su Reino con obras y palabras.

¿Cómo conseguir este nivel de fe, si alimentamos nuestra vida sólo con los criterios que circulan por nuestras calles? Necesitamos alimentarnos nuestra vida con la palabra y los criterios de Jesucristo, para tener bien dispuesto el corazón como la Virgen María.

No podemos aceptar los ideales paganos de vida que respiramos continuamente. Empleando tiempo y la vida en hacer el bien a los demás en nombre del Señor, nos acercaremos a la respuesta de la Virgen Inmaculada. A Ella dirigimos nuestro corazón en esta fiesta de optimismo y confianza. Si Ella está con nosotros podemos vencer la fuerza del pecado en nuestra vida y vernos iluminados por el fulgor de la gracia de Dios.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España